

FRIDA, NATURALEZA VIVA

César Chirinos

Crítica 26-6-89 Maracaibo

Con este título, Paul Leduc, realizador mexicano, se presentó en Caracas (Sala "Margot Benacerraf") con una película cuyas conmovedoras imágenes son capaces de marcar a cualquier sensibilidad para el resto de su vida. Un cine de materia vital humana: el problema del infortunio y la grandeza de espíritu para superarlo. Semejante dualidad de tragedia y energía le tocó vivir a Frida Khalo (1910-1954), quien naciera con la entrada de Zapata en la revolución mexicana y quien estuviera unida (en el amor, el arte y la lucha) a uno (Diego Rivera) de los "monstruos" del muralismo mexicano. En el film uno no sabe si admirar a una valerosa mujer y una extraordinaria pintora luchando contra la desgracia o quedarse con el patetismo sublime que nos produce, de principio a fin, la película de Leduc. Un documento contemporáneo mexicano donde la creación se confunde con el diario de una pintora y éste con la historia de un país. Revolución mexicana, llegada y asesinato de Trotsky, el stalinismo como problema político-revolucionario en Latinoamérica, el arte revolucionario (muralismo) de

Diego Rivera y Siqueiro, en todos estos acontecimientos se hizo sentir la presencia de esta valerosa mujer. Su vida, resistencia, amor, pasión, arte y hasta su muerte hicieron de ella su realización un mito que con la película de Leduc le abre las puertas al mundo de su arte, que suponemos estaba un poco a la sombra por el inmortal que tenía a su lado. Para aquellos lectores que conocen la historia o la biografía de Frida Khalo y que tuvieron la oportunidad de ver la película, las escenas del film les debe haber multiplicado la turbación o el estremecimiento. Viéndola a ella en una silla de ruedas tratando de ganarle a la poliomielitis, el accidente,

las fracturas, los abortos, las operaciones, la amputación de una pierna, y al mismo tiempo gritando en uno de sus cuadros: "¡viva la vida!", uno no sabe si enternecerse o volverse loco de pánico, de terror, o aliarse a la ternura que ella desata ante la adversidad, o solidarizarse con la desgracia y el valor humanos. Llega entonces el momento de otro sacudimiento, el de decidirse, por encima de cualquier adhesión sentimental o emocional, con la poesía, es decir, con la peli-

cula, y por más que el dolor sea más fuerte que la creación, hay que ir con esta a tocar la vida. Leduc lo hace en su filmografía. En otro film de él, presentado en el último festival de Cannes paralelamente casi en la misma fecha que se daba su "Frida", fue considerado "delirante y excesivo" por la crítica. Se trata del "Concierto Barroco" de Carpentier, una versión cinematográfica donde (suponemos pues no conocemos la película) Leduc se arriesgó a encontrar el espíritu extremo que animaba la literatura de Carpentier. Es que el arte que sacude los cimientos de la historia de la humanidad es y tiene que ser terrorífico

y pánicamente poético, de lo contrario es terriblemente ambiguo y engatusador. La creación juega limpio, de ahí que no se use en la enseñanza "oficial" porque su esencia está basada en la crudeza, lo descarnado y la descomposición, elementos geométricos que constituyen una elocución de pavor; la verdad. Ante el cine de biografía vital o mitología personal nada pudiéramos hacer armados sólo de formación y experiencia cinematográficas, porque sólo conseguiríamos huir de nosotros mismos a

través del moco, la oscuridad de la sala y la piedad, interrumpiendo a los espíritus cotidianos e intuitivos, que sin "rollo" consumen para digerir y digieren para devolver los valores al espacio y el tiempo históricos del entorno local y lo universal. Lo mismo pasa con la literatura o la pintura: no se pueden abrir las páginas de ~~Baud~~taud, Sade, Genet, Baudelaire, amparado sólo en lecturas de libros.

Hay que prepararse desde uno mismo, con procesos que van desde la infancia (juego) hasta la madurez (locura) para poder asumir la creación desde la marginalidad de la conciencia o desde el "secreto" ritmo interior (véanse las películas de Robert Bresson) de la persona humana. Si es posible hacerse primitivo para entrar en la transparencia, en la atmósfera de las diafanidades. La ternura de Frida como mujer y como artista es revolucionaria porque va del dolor y la muerte a la superación. Su fe no es una fe religiosa sino cósmica, amarga pero decidida y victoriosa, por eso dice, con toda la lucidez de su energía, en su lecho de muerte: "espero alegre la salida... y espero volver jamás".